



# LA GRANADA

por Fr. Mariano Di Vito, OFM Cap.

La Sagrada Escritura no es sólo rica de historia y de personajes, sino que está literalmente llena de plantas, árboles y flores, desde los más impresionantes a aquellos más humildes.

El roble o el cedro del Líbano símbolos de grandeza y majestad (cit. Is. 2,13, Salmos 28, 91, 103), la vid, la higuera y el olivo signos de la tranquilidad de la vida doméstica (Zac.3,10; Mic.4,4), la palmera con la copa siempre verde y con las raíces que constantemente buscan agua, figura del hombre justo y del sabio (cit. Salmo 91). Y además el sicómoro, el almendro y las hierbas, las flores, las especias.... Que confirman que la Palabra de Dios "ha bajado" a este mundo nuestro asumiendo no sólo los idiomas de los hombres, sino aún más su verdadera carne débil en la plenitud de los tiempos (cit. Gal 4,4-7), pero envolviéndose de los colores, de los perfumes y de los brotes de nuestra "hermana madre tierra".

En la flora abundantemente recordada hay un árbol, o mejor un arbolillo, de una belleza que yo definiría simple y al mismo tiempo de una fecundidad extraordinariamente abundante: la granada.

En el peregrinaje realizado en Tierra Santa el pasado mes de noviembre junto a varios her-

manos he visto muchas granadas, bellas, grandes, de un intenso color bermellón, cuyo zumo dulce y perfumado era un gran alivio en los calurosos días de la tierra de Canaán.

Los sabios y los rabinos de Israel ven en la granada el símbolo de la Torá, un único fruto compuesto por numerosos granos, que, como perlas preciosas, representan la inexplorable riqueza y firmeza de la eterna Palabra de Dios. Los padres de la Iglesia describen la granada como la manifestación de la Iglesia, una y al mismo tiempo formada por tantos granos, diferentes los unos de los otros.

En el Templo de Salomón, como nos lo describe el Primer Libro de los Reyes (I Re, 7,42), sobre las columnas están grabadas cuatrocientas granadas, que recuerdan en el lugar santo de Israel la dulzura de poder estar en la casa de Dios y el empeño en observar sus leyes. La cara graciosa de la esposa del Cántico de los Cánticos está descrita como una granada que se deja ver a través del velo (Cit. Ct. 4,3).

Un pequeño árbol, una extraordinaria riqueza de significados, de símbolos y de fuerza evocadora, que nos recuerda y nos lleva a Aquél que ha hecho todas las cosas y que, después

de haber ordenado a la tierra que se cubriera de hierba, de semillas y de árboles, vio que todo era muy bueno (cit. Gen. 1,1ss).

Hoy con la globalización y el mundo global podemos también nosotros vislumbrar, como en la granada, la firmeza y la inexorable pertenencia a una sola humanidad, que se tiene en la medida en la cual son mayores y más fuertes los vínculos de solidaridad y de cercanía, y, al mismo tiempo, la incondicional, incuestionable e innegociable primacía de la unidad absoluta de cada persona: ¡en cada grano está toda la granada y sólo en la granada encuentran espacio y consistencia cada uno de los granos! Que el Padre Pío, verdadera perla preciosa en el seno de la humanidad y de la Iglesia, madre de los santos, nos ayude a tomar conciencia de nuestro ser muchos pequeños granos junto a los otros, para madurar juntos y cada uno, con su porción de dulzura ofrecer al mundo la refrescante bebida de la confianza y de la esperanza.

¡Cuántas cosas nos puede hacer pensar un árbol, mejor un arbolillo!

Me olvidaba, su nombre noble es "Punica granatum".

Es, sin embargo, la espléndida y simple granada. ❖